

á los mil cuatrocientos soldados de la confederacion cerca de *Sempach*. Los Helvecios atacaron con intrepidez, pero por mucho tiempo se fatigaron en vanos esfuerzos para romper el frente herizado de hierro que presentaban los batallones enemigos; y habia sucumbido crecido número de aquellos, cuando un valiente caballero de Unterwalden, llamado *Arnoldo de Winkelried*, se arroja exclamando: «Amigos míos, á vuestro cuidado confío mi esposa y mis hijos.» Abalanzase en seguida contra las filas de los Austriacos, coge en sus brazos muchas puntas de las lanzas, clávalas en su pecho y arrastra en su caída á los soldados que las empuñaban. Precipitanse al momento los Suizos en la brecha que quedó abierto, pasando sobre el cuerpo de su generoso compañero; rompen con sus pesadas espadas los cascos y corazas de los caballeros, y ponen en derrota á los Austriacos (1386). Esta famosa jornada seguida luego de la batalla de Nafels, que ganaron los habitantes de Glaris, preparó la tregua de Zurich (1389) por la cual Alberto III de Austria reconoció los derechos de la confederacion helvética.

Pocos años despues (1441) la ciudad de Appenzell se unió á los ocho cantones, cuyo número llegó á trece al principio del siguiente siglo (V. historia moderna).

CAPÍTULO XIV.

ITALIA DESDE EL SIGLO DÉCIMOTERCIO AL DÉCIMOQUINTO.

SUMARIO.

- § I.—Decadencia del poder político de los papas. Lucha entre Guelfos y Gibelinos.—Conrado y Manfredo.—Cárlos de Anjou en Italia. Muerte de Manfredo y de Conradino.—Ambiciosos proyectos de Cárlos de Anjou. Vísperas Sicilianas.—Separación de la Sicilia y de Nápoles.—Rivalidad de las casas de Anjou y de Aragon.
- § II.—Pujanza marítima de Venecia.—Influencia de la caída del imperio latino en los destinos de Venecia.—Revolucion política.—Abolicion de la democracia.—El Grau Consejo.—Ciérrase el Gran Consejo.—Consejo de los Diez.—Rivalidad de Pisa y Génova.—Decadencia de Pisa.—Triunfo de su rival.
- § III.—Relaciones de Clemente V con Felipe el Hermoso.—Traslacion de la Santa-Sede á Aviñon.—Juan XXII.—Clemente VI.—El tribuno Nicolás Rienzi en Roma.—Su poder y su caída.—Regreso del papa á Roma, despues de haber permanecido setenta años en Aviñon.
- § IV.—Doble eleccion de Urbano VI y Clemente VI.—Benedicto XIII y Gregorio XII. Concilio de Pisa.—Alejandro V.—Concilio de Constanza. Juan XXIII. Condena de Juan Huss. Deposicion de tres papas.—Martin V. Inútiles tentativas de reforma.—Concilio de Basilea.—Reunion temporal de la Iglesia griega.
- § V.—La familia de los Viscontis en Milan.—Lucha de las ciudades lombardas contra Milan.—Bernobós Visconti.—Juan Galeazzo.—Los Condottieros.—Francisco Esforcia.—Estado de la Lombardia.—Casa de Saboya.
- § VI.—Estado de la Toscana.—Continua la lucha de los Guelfos y Gibelinos.—Hazañas de Castruccio.—Rivalidad entre Negros y Blancos en Florencia.—Peste de Florencia.—Principio de la casa de Médicis.—Salvestro.—Juan, padre del pueblo.—Cosme, padre de la patria.
- § VII.—Posicion respectiva de Venecia y Génova.—Rompimiento entre las dos repúblicas.—Conjuracion de Marino Faliero.—Prósperos sucesos de Génova.—Guerra de Chiozza.—Pisan salva á Venecia.—Prósperos sucesos de los Venecianos. Sus progresos en el continente.—Guerra contra Milan.
- § VIII.—Lucha entre Fadrique de Aragon y Roberto de Anjou.—Crímenes y desórdenes de Juana I.—Juana II.—Rivalidad

entre Alfonso de Aragón y René de Anjou.—Reunion de las Dos-Sicilias. Gobierno prudente de Alfonso. Tratado de Lodi. Pacificacion de la Italia.

§ I.—HISTORIA DE LOS ESTADOS DE ITALIA Y SUS RELACIONES CON LA ALEMANIA, DESDE LA MUERTE DE FEDERICO II.

Durante el periodo de anarquía que desoló la Alemania (V. el cap. precedente), la Italia; enlazada en otro tiempo con los destinos del imperio, y sustraída paulatinamente á la influencia estrangera por los esfuerzos de los papas, acababa de emanciparse enteramente, pero sin que le fuera dable reunir sus fuerzas divididas y constituir una dominacion enérgica. Al mismo tiempo que la dignidad imperial decaía al norte de los Alpes, el poder temporal de la Santa-Sede, único centro de accion en Italia desde Gregorio VII, declinaba rápidamente, y con él la importancia política de la península. Muchos estados italianos brillaron todavía en el mundo; pero sus rivalidades, faltas de una autoridad preponderante que las dominara, minaron por desgracia las bases de su grandeza, y prepararon esa larga época de servidumbre, de la cual no ha salido todavía la Italia en nuestros días.

Las últimas luchas del partido nacional ó de los Guefos, contra la casa de Hohenstauffen y los Gibelinos, ocupan el final del siglo décimotercio. Federico II al morir habia dejado la tutela de sus hijos legítimos Conrado y Enrique, á Manfredo, su hijo natural (1250). Conrado asesino de su hermano Enrique, fue envenenado por Manfredo, antes que pudiera disputar á Guillermo de Holanda el trono de su padre (V. el cap. precedente). Su hijo, el jóven *Conradino*, quedó solo y sin defensa espuesto á los ambiciosos proyectos de su tío. «*Este mozo es demasiado aleman para gobernar Italianos.*» decia Manfredo; y á pesar de las enérgicas protestas del papa, á quien de mucho tiempo antes pertenecia la investidura de los reinos de Nápoles y de Sicilia, se hizo coronar rey en Palermo (1258). Mas en aquella sazón el partido gibelino experimentaba un duro contratiempo; á la voz del papa Alejandro IV, se habia levantado una cruzada contra Eccelino, cuya espantosa ferocidad le habia hecho objeto de horror para todo

el norte de Italia. El ejército guelfo atacó al tirano invocando la venganza celeste y entonando el cántico *Vexilla regis*, y alcanzó la victoria de Cassano que costó la vida al gefe de los Gibelinos. Al mismo tiempo el papa armaba á Florencia, Luca y á todas las ciudades guelfas de Toscana, contra Pisa, Sena y Arezzo que todavía sostenian el partido gibelino á pesar de la muerte de Eccelino, y dió á Carlos de Anjou, hermano de S. Luis, la investidura de las Dos-Sicilias para oponerle á Manfredo (1265).

Carlos de Anjou ostentando el estandarte de la Iglesia al frente de sus brillantes caballeros, encontró cerca de Benevento al hijo de Federico, rodeado como su padre de una guardia sarracena. El águila de plata que formaba la cimera del casco de Manfredo cayó en medio de la refriega: «Es la señal de Dios!» exclamó este; y el rey de Nápoles se arrojó contra las filas enemigas, y en ellas halló la muerte (1266). Todo cedió á las armas vencedoras; pero cansados luego los Italianos del pesado yugo que les imponia el insensible é imperioso Carlos de Anjou, volvieron á llamar al hijo de Conrado que Manfredo habia alejado del trono. Un ejército numeroso reunido á las órdenes del jóven Conradino, se adelantó hasta los muros de Viterbo, para infundir temores al papa Clemente IV, aliado de Carlos de Anjou. «*Son víctimas que van al sacrificio.*» dijo el pontífice. Pocos dias despues Conradino habia sido derrotado y hecho prisionero en *Tagliacozzo* (1268). Condenado á muerte este desgraciado príncipe, le fue aplicada la sentencia en la plaza de Nápoles, al par que á su primo Federico de Austria, en presencia de su implacable enemigo. Carlos de Anjou que habia proporcionado el triunfo al partido guelfo, quiso dominarlo y estender su poder sobre toda la Italia: mas todas las ciudades lombardas que se le habian unido para derribar á los Gibelinos, se resistieron enérgicamente cuando amenazó su independencia. Rechazado de la Italia septentrional, indujo á S. Luis á la cruzada contra Túnez (V. cap. X), y apenas hubo salido del Africa, arrojado por las enfermedades y el hambre, que movido de su inquieta ambicion, preparó una expedicion contra el imperio de Oriente, cuya corona codiciaba. Un imprevisto acontecimiento destruyó todas sus esperanzas.

Juan de Prócida, médico de Manfredo, despojado de todos sus bienes, se había retirado á la corte de D. Pedro, rey de Aragon, yerno de su señor. Enojado por la orgullosa tiranía de Carlos de Anjou, resolvió libertar á sus compatriotas y tramó la famosa conjuración de las *Visperas sicilianas*, que costó la vida á todos los Franceses establecidos en la isla. El lunes de Pascua, 30 de marzo de 1282, en el momento en que las campanas llamaban á los fieles á las visperas, los Sicilianos enagenados por un furor imposible de describir, se levantaron de repente contra los Franceses, y empezó una mortandad espantosa que en dos horas costó la vida á ocho mil personas: tal era el furor de los conjurados que asesinaron hasta á las mugeres sicilianas casadas con Franceses, y principalmente á las que estaban embarazadas. Solo un caballero francés, cuyas virtudes eran la admiración de toda Sicilia, se libró de tan horrorosa carnicería. Al recibir el papa la noticia de tal catástrofe, excomulgó á todos los Sicilianos y á D. Pedro de Aragon que habían proclamado por rey. Carlos puso en marcha sus tropas jurando vengar de un modo estrepitoso el asesinato de sus fieles súbditos; mas todos sus esfuerzos se estrellaron contra los muros de Mesina, y en las llanuras de Trápani. La Sicilia entera reconoció á D. Pedro de Aragon, quien reinó hasta 1285. Carlos de Anjou murió en el mismo año que su rival, despues de tres años de lucha inútil para reconquistar su reino. Continuó la lucha entre D. Jaime I de Aragon y Carlos II de Valois, hijos de ambos rivales, hasta los tratados de Brignolles y de Agnani (1291-1292). Jaime en obsequio de la paz, abandonó el cetro de Sicilia á la casa de Anjou; pero pronto volvió á recuperarlo la casa de Aragon.

§ II.—PROGRESOS DE LAS REPÚBLICAS MARÍTIMAS.

Las ciudades independientes del norte de Italia, dejando á las provincias meridionales debatirse bajo la dominación estrangera, trabajaban activamente para aumentar su importancia en la península y principalmente en entender su preponderancia en el exterior. La pujanza de Venecia fundada únicamente en su marina, había subido de punto en tiempo de las cruzadas. Llevados los Venecianos

de su instinto mercantil en esas religiosas empresas, y por medio de sus frios cálculos, se habían asegurado inmensas ventajas especulando sobre el entusiasmo que arrebató todos los corazones. Venecia prestaba á los cruzados sus naves en cambio de los tesoros de estos, y en cada conquista se apresuraba á establecer nuevas factorías. La cuarta cruzada acabó de afianzar la influencia veneciana en Oriente, que ya era grande entre los Griegos, quienes habían concedido á la república libertad ilimitada de comercio en todos sus puertos. La caída del imperio griego dió á Venecia todas las playas de Oriente y el dominio del Mediterráneo. La república veneciana había llegado al apogeo de su grandeza; pero los reiterados ataques de los Húngaros y de los Ilirios, y principalmente la rivalidad que hizo venir á las manos á Venecia y Génova, empezaron luego á hacer bambolear la dominación de la reina del Adriático.

Venecia había ya perdido toda su preponderancia en Constantinopla con la ruina del imperio latino (V. cap. X), y dueños los Turcos de Tiro y de Tolemada, le habían cerrado los puertos de la Siria, cuando estallaron con toda violencia las contiendas con la república de Génova. Venecia hizo increíbles esfuerzos para disputar á su rival la navegación del mar Negro; mas despues de una prolongada guerra, dos grandes derrotas navales (1292-1298) le obligaron á admitir una paz humilde (1299), que dejó cerrados á los buques venecianos el mar Negro y el de Siria. De aquella época data la decadencia del poder marítimo de Venecia.

El gobierno veneciano se hallaba al mismo tiempo trabajado por una grave revolución política. En una ciudad cuya población se había renovado tantas veces por las emigraciones estrangeras, precisamente debió predominar en un principio el elemento democrático. Casi todos los habitantes de Venecia tenían derecho de elección del Dux y demás magistrados; pero la confusion y los desórdenes que acompañaban las elecciones clamaban por una reforma, y en el año de 1172, se reasumió el derecho electoral que poseía la totalidad de ciudadanos en un *Gran Consejo* de cuatrocientos cincuenta miembros escogidos por doce electores designados en los distritos de la ciudad. Al mismo tiempo que por este medio se atacaba el principio

democrático en beneficio de la aristocracia, el elemento monárquico sufría gran menoscabo con la institucion de un consejo de seis miembros, sin cuyo concurso el dux no podia tomar resolucion alguna.

En vano protestó el pueblo é intentó á la muerte del dux Juan Dandolo (1289), recobrar el derecho electoral. Apresurose la nobleza á imposibilitar para siempre semejante reaccion. El dux Gradenigo hizo que se decidiera que en vez de ser escogidos libremente por el pueblo los electores, saldrian estos del seno del Gran Consejo nombrados por los miembros del mismo. En pocos años hubieron invadido enteramente el consejo las familias mas influyentes (1309): faltábales solo consagrar legalmente su dominacion esclusiva. Un decreto determinó que en lo sucesivo el consejo se compondria únicamente de las familias senatoriales que entonces se hallaban en ejercicio. Llamóse á este decreto *el remate del Gran Consejo*. En 1319 declaróse hereditaria la dignidad de consejero. De este modo se consumó la organizacion de la aristocracia en abolengo reinante y la concentracion del estado en una sola clase, á la cual quedaron sometidos todos los demás ciudadanos.

No se realizó sin desórdenes esta victoria de la aristocracia, y hasta entre los nobles estallaron varias conjuraciones por haber sido muchos de ellos escluidos de toda participacion en el gobierno. Los esfuerzos de la democracia no tuvieron otro resultado que provocar el establecimiento de un tribunal terrible por el gran número de sus emisarios, por el secreto de sus operaciones y la arbitrariedad y rigor de sus sentencias; el famoso *Consejo de los Diez*, y en su seno los *Inquisidores de Estado* encargados mas particularmente del escámen de los asuntos y de la ejecucion de los decretos del consejo.

Esta temible institucion, temporal al principio y declarada permanente luego despues (1335), sofocó para siempre en Venecia los arranques de insubordinacion y de revuelta, pero tambien ahogó el espíritu de libertad; y la paz que reinó en la república fue la calma de la opresion y el silencio del terror.

Pisa y Génova habian seguido en su politica exterior el ejemplo de Venecia, y mas embebidas en los negocios esterioros que en las querellas de la Italia, habian levantado un poder marítimo harto importante; pero vecinas y

rivales en ambicion, empeñaron luego una lucha encarnizada que no podia terminar sino con la ruina de una de las dos. El apoyo del partido imperial sostuvo á los Pisanos bajo la dinastía de los Hohenstauffen: pero la decadencia de la faccion gibelina, despues de la muerte de Federico II, les dió un golpe fatal: La Cerdeña, sometida por largo tiempo á la república de Pisa, les fue arrancada por el papa, y disputada la posesion de la Córcega por los Genoveses, fue motivo de una guerra fatal para los Pisanos. En 1284 la terrible batalla de *Meliora* destruyó toda la marina de Pisa. En ella perdió treinta y cinco galeras, tuvo cinco mil hombres muertos y once mil prisioneros; los cautivos fueron conducidos á Génova, lo que dió motivo á decir en toda Italia: *Id á Génova si quereis ver á Pisa*. Esta desgraciada ciudad blanco de los ataques de los Guelfos de Toscana, vióse obligada á entregarse á la tiranía de Ugolino. El horroroso suplicio de este conde, condenado á perecer de hambre encerrado con sus hijos en una torre, no devolvió á Pisa ni su pujanza ni su libertad. Otra guerra emprendida contra los Genoveses termino con un tratado, que dicen, condenó á los Pisanos á cegar su puerto, que fue obligar á la república á firmar su decreto de muerte (1290).

Este era el periodo del engrandecimiento de Génova. A pesar de las muchas variaciones ocurridas en la forma incierta de su gobierno que ocasionaron por algunos años la dominacion del estrangero Carlos de Anjou (1190-1257), á pesar de la parte que habia tomado en las querellas de los Guelfos y Gibelinos, y de las encarnizadas luchas que sostuvo contra Venecia (1261-1299), Génova habia hecho devolver toda la ciudad de Constantinopla á los emperadores griegos, habia substituido su dominacion en las provincias marítimas del imperio á la de Venecia, se habia hecho dueña de la navegacion del mar Negro, y sugetado á su dominio á Pisa, que fuera por tan largo tiempo su rival; hallábase establecida su preponderancia en el Mediterráneo y debia sostenerse en el Oriente hasta la caida de aquel imperio.

§ III.—TRASLACION DE LA SANTA-SEDE Á AVIÑON.

Quedó consumada para siempre la decadencia de la in-

fluencia política de la Santa-Sede en Italia, de tan inmensa trascendencia en la historia de la península en el siglo décimotercio que cambió sus destinos para lo sucesivo, cuando el papa, abandonando la ciudad pontificia y sus dominios independientes, fue á buscar asilo en los estados de un príncipe extranjero.

La famosa querrela de Felipe el Hermoso con Bonifacio VIII, que no terminó hasta la muerte del papa, ultrajado en la misma Italia por los emisarios de Felipe, manifestaba al parecer la intencion del rey de Francia de estender su supremacia sobre el soberano pontificado. Luego que el sucesor de Bonifacio VIII, Benedicto XI, que consintió en absolver á Felipe el Hermoso, dejó vacante por su muerte la silla apostólica, apresuróse el rey á atraer á su partido á Bernardo de Got, arzobispo de Burdeos, propuesto por candidato á la eleccion del cónclave. Quedó elegido el francés por las intrigas de Felipe, y tomó el nombre de *Clemente V*. El rey le aseguró su apoyo, mas imponiéndole, dicen, muchas condiciones una de las cuales hubo de ser aceptada sin ser conocida. Una de las demandas de Felipe el Hermoso era el establecimiento de la Santa-Sede en Francia. Clemente V se prestó gustoso á satisfacer este deseo; prefirió permanecer en su patria mas que no en Roma despedazada á la sazón por las facciones y trabajada hacia mucho tiempo por el espíritu de revuelta y de democracia. Fijóse en el condado Venesino, en el territorio de los condes de Provenza, en el cual sus sucesores compraron la ciudad de Aviñon (1348). Así empezó, conforme al lenguaje italiano, *la nueva cautividad de Babilonia*, que duró cerca de setenta años (1309-1376). Sin embargo Clemente rechazó la mayor parte de las pretensiones de Felipe el Hermoso. Temiendo desdorar el poder pontificio, negóse á echar un borron sobre la memoria de su predecesor, y todas las instancias del rey no fueron suficientes para vencer su resistencia. Fue sostenido por el decreto del concilio general de Viena (1311), que declaró que el papa no podía ser culpable de heregía. Felipe fue indemnizado por lo menos con una bula del año 1307, que dispuso la abolicion de la orden de los Templarios en todos los estados de Europa. Esta era, segun algunos historiadores, la condicion que el rey no habia querido divulgar de antemano.

Uno de los resultados de la permanencia de los papas en Francia fue la deplorable querrela suscitada entre Luis de Baviera y la Santa-Sede. Juan XXIII, elegido por el cónclave (1316) empezó esta nueva disputa con el imperio. Negóse á reconocer á Luis y reclamó para si mismo el derecho de nombrar un vicario imperial durante la vacante del imperio. Benedicto XII y Clemente VI para servir á la política francesa, muchas veces contra su gusto, continuaron en perseguir al emperador con sus anatemas. Benedicto XII, avergonzado de su esclavitud, quiso sustraerse á ella volviendo á Italia; mas la renovacion de las contiendas entre Guelfos y Gibelinos le condujo otra vez á Francia.

Bajo el pontificado de Clemente VI, sucesor de Benedicto, era todavía mas difícil el regreso. Un nuevo tribuno, *Nicolás Rienzi* (Colá Gabrino), estuvo á pique de sustraer á Roma al poder pontificio (1347): era hijo de un tabernero y de una lavandera, y habia ecsaltado su ardiente imaginacion con la lectura de la historia de las repúblicas antiguas. Dotado de viva elocuencia, reunia el pueblo en torno de los monumentos de la antigua gloria de Roma, y le ecsitaba con el recuerdo de lo pasado á mostrarse digno de sus ascendientes. Arrastrado el pueblo por sus discursos, le revistió del poder supremo, y arrojó del capitolio á los senadores. Rienzi se tituló: *Nicolás severo y clemente, tribuno de la justicia, de la paz y de la libertad, ilustre libertador de la patria*; y embriagado con su repentino triunfo, concibió el proyecto de establecer una república universal de la que Roma fuese el centro. Henchido de orgullo, osó citar ante su tribunal al papa, al emperador y á los reyes. Mas el pueblo se disgustó muy pronto de su nuevo señor. Rienzi fue arrojado de Roma; mas fue restablecido por la proteccion del papa Inocencio VI, que queria contraponerle al prefecto Juan de Nico; atrájose por segunda vez el odio del pueblo por su insolente tiranía; fue sitiado en el capitolio y despedazado por el populacho. El legado Albornoz, enviado del papa, logró por fin someter á Roma bajo la autoridad del soberano pontífice, y preparó el regreso del papa que era mas urgente que nunca.

Los desórdenes de la Francia acababan de hacer mas odiosa á los soberanos pontífices la permanencia en Aviñon. Durante el pontificado de Inocencio VI (1352-1362)

se extendió por el territorio de la ciudad una bandada de aventureros y lo anduvo saqueando hasta que marchó á Italia á hacer la guerra bajo las banderas del marqués de Monferrato. En el pontificado de Urbano V, otras cuadrillas de franceses capitaneados por Bertran del Guesclin, se derramaron por el condado é impusieron un cargo de 200,000 florines al tesoro pontificio. Estas repetidas injurias, las instancias de los Italianos, la sumisión de Roma, y las promesas del emperador, decidieron á Urbano V á abandonar el territorio francés, al que no obstante volvió antes de su muerte. A su sucesor Gregorio XI (1370), estaba reservado el restablecer definitivamente el papado en Italia. Hizo su entrada en Roma (1376) con una pompa triunfal, en medio de las aclamaciones de todo el pueblo, y eligió para su habitacion el Vaticano, que en lo sucesivo fue la residencia permanente de los soberanos pontífices (1377).

§ IV.—GRAN CISMA DE OCCIDENTE.—CONCILIOS DE CONSTANZA Y DE BASILEA.

La Francia no habia renunciado gustosa al privilegio de poseer á los papas en su seno, y su resentimiento dió origen al gran cisma de Occidente, que duró medio siglo. La eleccion del nuevo papa habia sido arrancada por la violencia; gente armada habia amenazado á los cardenales con que les pondrian mas roja la cabeza que el capelo, sino elegian un papa romano. Los miembros del conclave cedieron y nombraron al italiano Urbano VI; mas luego descontentos muchos de ellos de la severidad con que el nuevo papa reprimia sus desórdenes, protestaron contra la primera eleccion y nombraron un francés, el cual, bajo el nombre de Clemente VI, se estableció en Aviñon. Toda la Iglesia se halló dividida por este cisma. Los estados cristianos tomaron partido, unos en favor del papa y otros en favor del antipapa; y esta deplorable disputa continuó bajo sus sucesores. Despues de la doble eleccion de Benedicto XIII y de Gregorio XII, el concilio de Pisa se esforzó en vano para terminar esta querrela obteniendo la abdicacion de los dos papas; pensó vencer su resistencia dando la tiara pontificia al virtuoso Alejandro V, que reducido en otro tiempo á mendigar su sustento en la isla

de Candia, se habia elevado solo por su mérito al arzobispado de Milan. Esta medida no produjo otro resultado que aumentar la confusion; para poner fin al escándalo, Juan XXIII, sucesor de Alejandro, resolvió reunir un concilio general en Constanza.

Una multitud de principes laicos y eclesiásticos, los electores del imperio, los plenipotenciarios de todas las cortes de la cristiandad, el emperador Segismundo, el mismo papa Juan XXIII y los legados de Benedicto XIII y de Gregorio XII, «y segun dice un testigo ocular, muchos señores paganos perfectamente vestidos, é imponente número de Griegos y Musulmanes,» se citaron para Constanza (1415). Ciento cincuenta mil cristianos se reunieron en la ciudad ó en sus inmediaciones; toda la Europa esperaba con ansia las decisiones del concilio que habia de poner fin al cisma que desolaba la Iglesia, y condenar al mismo tiempo la heregia de Juan Huss. Este heresiarca predicaba casi la misma doctrina, que reproducida en el siglo décimo sexto, hubo de separar tantas naciones del seno de la Iglesia católica; atacaba los votos monásticos, la supremacia del papa y el culto de los santos. Juan Huss consumó su rebelion arrojando públicamente á las llamas las bulas pontificias, y se presentó á sostener su doctrina ante el concilio, mientras que sus partidarios la difundian ya en Bohemia con las armas en la mano. Herido por el anatema de la Iglesia, no quiso retractar sus errores, y el concilio lo entregó á la justicia secular, la cual, no obstante un salvo-conduto del emperador, le condenó á morir en una hoguera (1415). De suerte que el poder temporal no se juzgó menos interesado que el eclesiástico en contener la propagacion de aquellas heregias, que jamás atacaban los dogmas de la religion sin conmovier al mismo tiempo los principios constitutivos de la sociedad y de los gobiernos.

Entretanto la obra principal del concilio, que era la estincion del cisma, no se habia realizado. Juan XXIII, á fin de sustraerse á las decisiones del concilio, habia huido disfrazado de postillon, y se habia refugiado en Schaffouse; mas fue alcanzado en su retiro y pronunciada su deposicion. Gregorio XII abdicó voluntariamente: Benedicto XIII era el único que se resistia á las instancias del concilio y del emperador; declaróse destituido á pesar de su oposicion; y fue elegido el italiano Martino V. La

paz se hallaba restablecida al parecer en la Iglesia: mas tantos años de desórdenes y divisiones habian introducido una multitud de abusos en la disciplina, que comprometian la dignidad de los pastores y la autoridad de la enseñanza eclesiástica. Los padres del concilio pedian con vivas instancias una reforma profunda. Por desgracia el nuevo papa retrocedió ante una tarea difícil si, pero necesaria; eludió todas las reclamaciones de los preladados, y declaró disuelta la asamblea, sin haberse atrevido á intentar un remedio que sin duda hubiera prevenido los rompimientos y todos los males del siglo siguiente.

La sentencia de Juan Huss, á la que poco despues siguió la de su discípulo Gerónimo de Praga, no habia sofocado la nueva heregia; y á poco tiempo los excesos de la secta fanática de los Taboritas (V. cap. XIII, § I), hicieron necesaria la convocacion de otro concilio. Los padres, reunidos en *Basilea*, pronunciaron nuevos anatemas contra esta heregia, indicaron muchos abusos, y trabajaron con actividad en la grande obra de la reunion de la Iglesia griega, mas sus proyectos de reforma asustaron todavía en esta ocasion al soberano pontífice. Eugenio IV aplazó el concilio, y algunos de sus miembros descontentos proclamaron á un antiguo duque de Saboya, Amadeo VIII, que tomó el nombre de Felix V. Con todo la mayor parte de los obispos se reunieron luego en Ferrara, en donde Eugenio IV tuvo la gloria de proclamar la reunion de las Iglesias griega y romana, en una solemne acta que reconocia al papa por gefe de la Iglesia universal, y nombraba segundo en dignidad al patriarca de Constantinopla. Esta importante reconciliacion que desgraciadamente hubo de ser efímera, preparó el término del cisma de Occidente. *Monseñor de Saboya*, nombre con que el rey de Francia Carlos VII designaba al papa Felix, puso fin con su voluntaria abdicacion á la afliccion de la Iglesia, y Nicolás V, papa único, afirmó con su prudencia la pacificacion general (1449). Desde entonces los papas residieron tranquilamente en Roma, donde su autoridad adquirió de dia en dia mas fuerza y poderio.

§ V.—FAMILIAS SOBERANAS DE ITALIA.

Mientras que todo el Occidente se hallaba agitado por

las disenciones religiosas, la Italia era la escena de las últimas querellas de los Guelfos y Gibelinos, alimentadas por la rivalidad de las pequeñas potencias independientes en que estaba dividida la Península. Apenas las provincias del Norte se habian sustraído á la autoridad imperial, cuando una multitud de señores se arrojaron sobre el mando en las principales ciudades y fundaron muchas casas soberanas. Las mas poderosas fueron la de los Escalas, que reemplazaron en Verona á los Eccelinos, célebres en las luchas de los Guelfos y Gibelinos; la de los condes de Saboya, la de los principes de Este en Módena y Ferrara, la de los Gonzagas en Mantua, y la de los Viscontis en Milan.

La familia de Visconti triunfó, hácia el año 1276, de la de Torriani su rival, y tomó posesion del señorío, que se hizo hereditario, desde que el emperador Enrique VII hubo concedido á uno de ellos el titulo de vicario imperial en Lombardia. Milan, durante el gobierno de los Viscontis, dominó toda la Italia superior, asi como la habia dominado en la época de las ligas lombardas. Verona, Vicensa, Padua, Plasencia y hasta Pisa, reconocieron las leyes de los señores de Milan (1315). Mas la pujanza de los Viscontis provocó contra ellos reacciones que pusieron en desórden la república. La liga formada por Venecia con las ciudades de Padua, Verona, Ferrara y Mantua, fue derrotada por los hermanos Bernabós y Galeazo, señores á la sazón de Milan. Vengóse Bernabós con crueles atrocidades, por medio del terror mantuvo su autoridad en Milan y se esforzó en alejar del señorío al heredero de su hermano primogénito, Juan Galeazo. Mas el jóven principe se libró con un ardid de las asechanzas de Bernabós; apoderóse de su persona, encerrándole en una prision, y gobernó por si solo. *Juan Galeazo* (1385-1402), tan hábil como ambicioso, estendió rápidamente su poder por toda la Lombardia: Padua le abrió sus puertas; el duque de Saboya, los señores de Gonzaga, de Este y de Monferrato, reconocieron su supremacia; y el débil emperador Wenceslao, tuvo á dicha el cederle, por cien mil escudos, la dignidad ducal. Juan Galeazo habia tomado á sueldo bandas de *condottieros*, milicias italianas, que á semejanza de las grandes compañías de Francia, hacian la guerra á favor del que compraba sus servicios; pero su insubordinacion hizo muchas

veces mas temibles esos aventureros á sus propios aliados que á sus enemigos mismos. Dominados y reprimidos por la firmeza y poder de Juan Galeazo, vengáronse en sus sucesores de su prolongada dependencia. Su influencia se hizo luego soberana en Milan, y á la muerte de Felipe María Visconti (1447), uno de sus gefes *Francisco Esforcia*, auxiliado por los Venecianos se apoderó del ducado, á pesar de los esfuerzos que hicieron los Milanese para restablecer la democracia. La familia del aventurero hubo de conservar por espacio de cincuenta años la corona que habia usurpado.

De todo el resto de la Lombardia desapareció el gobierno republicano: si alguna vez resonó el eco de los nombres de Guelfo ó Gibelino, solo sirvió para encubrir el odio y la ambicion; en adelante carecieron de significacion política. Al Oriente de la Lombardia y al lado de un gran número de principados oscuros, se levanta la única casa que ha de conservar alguna celebridad y alguna importancia, la casa de Saboya. En 1391 se halla representada por Amadeo VIII, elevado á la dignidad ducal por Segismundo, al principio del siglo siguiente (1419).

§ VI.—REPÚBLICA DE TOSCANA.

Los partidos guelfo y gibelino se sostuvieron por mas tiempo en la Toscana, á la que continuaron dividiendo como en dos campos enemigos. Pisa, aunque decaída de su antigua grandeza, se conservaba á la cabeza del partido gibelino, que fue eficazmente sostenido por uno de los señores de Luca, Castruccio, tan valiente capitan como diestro político. Habiéndose hecho omnipotente en su patria y sostenido por Galeazo Visconti que habia solicitado su alianza, Castruccio era el terror de la Toscana. Florencia que intentó defender contra él su antigua preponderancia, perdió una batalla decisiva; despedazada al mismo tiempo en el interior por las facciones de *negros y blancos*, se halló reducida al extremo de ofrecer el dominio eminente á un estrangero, á Gualtero, duque de Atenas, «hombre avaro, cruel y soberbio, dice Maquiavelo, menos celoso de hacerse amar que de hacerse temer, que hizo pesar la mas dura tiranía sobre los Florentinos.» A estos conflictos se agregaron los estragos de la famosa peste de Flo-

rencia, cuya memoria ha inmortalizado Boccacio. Cien mil personas perecieron en aquella ciudad, y entre ellas, el historiador Villani. Llegó á faltar madera para hacer ataúdes para tantos cadáveres, y borrando la muerte toda distincion arrojóse á una misma huesa á señores y artesanos; cuando cesó el azote, vióse á los ciudadanos de las clases inferiores y á sus mugeres pasearse orgullosos, vestidos con los trages de los nobles que habian sucumbido al contagio. Tuvieron por fin un término las desgracias de Florencia; y al final del siglo décimo cuarto, una familia enriquecida en el comercio é ilustre por los servicios que habia prestado á la patria, realzó la gloria de la república florentina. En 1378, *Salvestro de Medicis*, el primer personaje ilustre de su alcurnia, empleó toda su influencia para proporcionar al partido democrático el triunfo contra la oligarquía guelfa, que habia usurpado el poder á la caída de los duques de Atenas. *Juan de Medicis*, fiel á las tradiciones paternas, mereció por su sabiduría y liberalidad el renombre de *Padre de los pobres*. Legó á sus hijos, dice Maquiavelo, una gran fortuna, pero murió todavía mas rico en amor público que en propiedades territoriales o dinero. «No pretendais cosa alguna que prospere lo que las leyes ó la libre voluntad de los hombres nos conceden, decia á sus hijos en el lecho de la muerte, de este modo evitareis la envidia y los males que ella acarrea.» Estos fueron los principios que guiaron la conducta de su hijo primogénito, *Cosme de Medicis*; quien investido del poder por la confianza de sus conciudadanos, fue por espacio de treinta y cuatro años gefe de la república (1430-1464), que bajo su gobierno gozó de una paz y prosperidad desconocidas desde muchos siglos antes. Tranquila Florencia en el interior, respetada en el exterior por los demás estados de Italia, y rodeada del esplendor de las artes y de las letras, renunció sin dificultad á una libertad turbulenta, y proclamó á Cosme de Medicis por *Padre de la patria*.

§ VII. RIVALIDAD ENTRE VENECIA Y GÉNOVA.

Aparte de las querellas de la Italia, Venecia y Génova, al paso que dejaban que los pueblos limítrofes de leve importancia se agitasen y destrozasen entre sí, tomaban

una parte activa en los asuntos de Europa, con el fin de aumentar su pujanza merced á las guerras extranjeras, y señaladamente á las grandes empresas mercantiles. Las riquezas del Oriente estimulaban la ambicion de ambas repúblicas; que por largo decurso de tiempo al toparse en aquellos países, por la oposicion de intereses se armaron la una contra la otra. La revolucion que desposeyó de la ciudad de Constantinopla á los Latinos habia fundado el poder de Génova en el mar Negro; pero Venecia dominaba todavia en el Archipiélago. Los Genoveses que habian humillado á sus rivales en 1299 (V. cap. XI), pretendieron á mediados del siglo siguiente, prohibirles la navegacion del mar de Azof, y Venecia por salvar la libertad de su comercio hubo de decidirse por la guerra. Los sucesos se balanceaban entre ámbas repúblicas, cuando la conjuracion de *Marino Faliero* espuso á un grave riesgo á la ciudad de Venecia. El dux, anciano de ochenta y cinco años, habia recibido de un jóven noble un sangriento ultrage. Pidió justicia al consejo de los Diez, el cual impuso al culpable pocos dias de prision. Faliero disimuló su cólera y se unió con el gefe del partido democrático para formar una conjuracion que llevaba por objeto dar la muerte á los patricios y concluir con la aristocracia. Seiscientos conjurados se dieron cita para el 15 de Abril de 1355, en la plaza de San Marcos, cuando el dux haria tañer la campana de alarma, y concertáronse en asesinar á los nobles á medida que llamados por esta señal corriesen hacia la plaza para colocarse al rededor del gefe de la república. La vispera del dia en que debia estallar la conjuracion fué descubierta á un miembro del consejo de los Diez. Los conjurados fueron entregados al último suplicio, y el dux mismo degollado en la escalera principal del palacio de los duques, en el lugar mismo en donde habia ceñido la corona.

Debilitada Venecia con esta terrible ejecucion, vióse obligada á firmar con los Genoveses un tratado de paz desventajoso. Dos años despues aprovechándose el rey de Hungría de la humillacion de la república, le desposeyó de la mayor parte de la Dalmacia, y luego otra guerra que estalló contra Génova (1378) arrastró la república al borde de su perdicion. La causa de este rompimiento fue la conquista de Chipre llevada á cabo por los Genoveses. Ve-

necia tomó partido en favor del rey Lusitan, y reportó al principio algunas victorias; mas los Genoveses recobraron la superioridad y se presentaron de repente al pié de los muros de Venecia habiéndose apoderado antes de Chiozza. Pedro Doria, que capitaneaba los Genoveses junto con Francisco Carrara, anunciaba con orgullo que iba á sumergir otra vez á Venecia en sus lagunas: á las súplicas del senado y del dux, contestó desdeñosamente que nada escucharia hasta que hubiese puesto un freno á los caballos de bronce de la plaza de San Marcos. Los Venecianos formaban ya el designio de apelar á la huida y embarcados en sus buques ir á establecerse á Creta, cuando su almirante, Victor Pisani, echando el resto de su pericia y de su audacia logró sorprender y bloquear á la escuadra Genovesa en el puerto de Chiozza, obligola á rendirse, y salvó á su patria: heroica venganza de Pisani que poco antes á causa de una expedicion desgraciada se habia visto cargado de cadenas por sus compatriotas. Venecia que apenas respiraba de tan angustiosa crisis, se tuvo por dichosa en aceptar la paz sin curarse de reparar sus pérdidas. Al poco tiempo pudo no obstante, contra toda esperanza, restablecer su poder continental valida de las turbulencias que agitaron á su rival. Recobró la Istria, la Dalmacia y Treviso, mientras que Génova, fatigada de sus discordias, se entregaba á la Francia, que le envió por gobernador al mariscal de Boucicault (1401). Génova floreció bajo esta nueva dominacion, y despues de una corta guerra con Venecia, consintió por último en poner término á una rivalidad desastrosa, para concentrar todos sus esfuerzos en engrandecerse á espensas de los extranjeros.

Venecia sostuvo durante muchos años una lucha contra Milan que acabó ventajosamente para esta última ciudad por el valor de Esforcia, poco despues duque de Milan, en el momento en que los Turcos se apoderaron de Constantinopla (V. el tratado de Lodi, § siguiente). En cuanto á los inconstantes Genoveses, que habian arrojado de la república á los Franceses, ensayaron por un período de cincuenta años todas las formas de gobierno, y consumieron en la anarquía las fuerzas que hubieran debido emplear contra los Turcos, dueños de Constantinopla (1453), cuya caída ni Génova ni Venecia habian sabido prevenir ni

vengar. No obstante este grande acaecimiento había de determinar la decadencia de las dos repúblicas.

§ VIII. CASA DE ARAGON.—TRATADO DE LODI.

Revoluciones de mayor importancia que las interminables querellas del norte de la Italia, habían cambiado muchas veces, durante este período, el aspecto de la parte meridional de la península. Separadas las Dos-Sicilias por la catástrofe de las Vísperas sicilianas, no pudieron volver á reunirse por medio de tratados. Federico II, se negó á ceder la Sicilia, y le sostuvieron el partido Gibelino y el Emperador. Roberto el Sabio, descendiente del duque de Anjou, aunque era el jefe de todos los estados guelfos de Italia, no pudo despojar de la Sicilia á su rival, y reynó en el continente. La tiranía de su nieta Juana (1343) hizo que se echase muy á menos la suavidad y prudencia del gobierno de Roberto. Esta princesa, célebre por sus maldades y por sus desgracias, preluvió con el asesinato de su esposo Andres de Hungría, una prolongada serie de crímenes y de escándalos. Arrojada de su reino, al que volvió con dificultad, vió que el papa Urbano le contraponía á Carlos de Duras, para el cual ella destinaba la corona; poco despues cayó en manos de este principe, quien le hizo espiar su culpable existencia condenándola al último suplicio. Juana había adoptado, en vez de Duras, á Luis de Anjou, hijo del rey de Francia Juan. De las pretensiones de estos dos rivales iba á surgir entre sus familias una prolongada querella, que suspendida instantáneamente bajo el reinado de Juana II, última heredera de los Duras, estalló con mayor ahinco á la muerte de esta princesa, que por lo demás se había mostrado por su conducta escandalosa, digna heredera de la primera Juana (1435). Al principio había adoptado á Alfonso V de Aragon, pero substituyó despues en vez de este á Luis III de Anjou y á Renato de Anjou por muerte de su hermano. Entrambos principes apoyaron su derecho peculiar en el acta otorgada á favor suyo. Pero Alfonso mas diestro y mas fuerte, se apoderó de Nápoles y restableció la unidad del reyno de las Dos-Sicilias (1442), no obstante la desgraciada guerra que sostuvo contra el duque de Mi-

lan, y los esfuerzos de Renato, que transmitió sus derechos á su sobrino Carlos del Maine; estos derechos los reivindicaba mas adelante para sí la corona de Francia. Dueño de la Italia meridional, Alfonso, á quien sus nobles calidades valieron el renombre de *Magnánimo*, y Mariana llama «*gloria de la nacion española*», ocupóse con ahinco en restablecer la tranquilidad en sus estados y en la Italia entera. Adhirióse al *tratado de Lodi*, que en 1454 terminó la larga querella de Milan y Venecia, afianzando á la república Lombarda en la posesion del antiguo distrito de Cremona y la Gheradadda. Los reducidos estados del norte de la península se vieron obligados á aceptar las condiciones del tratado. El papa y la república de Florencia accedieron á ellas pudiendo considerarse este tratado como el acta de pacificación general de la Italia.